

¿Cómo construir cultura de paz desde la Universidad?

Una reflexión después del plebiscito

Gabriel Ignacio Gómez

La semana que siguió al plebiscito del 2 de octubre será difícil de olvidar. En un tiempo muy breve, una cantidad de acontecimientos y sentimientos encontrados se desataron, uno tras otro, sin posibilidad de reflexión ni reposo. Primero, vino la noticia sobre el triunfo del No que, a pesar de ser apretada, implicó un rechazo a la posibilidad de aplicar el Acuerdo Final entre el Gobierno Nacional y las FARC. El desconcierto y la frustración no solamente afectaban a los partidarios del Sí, sino que también dejaba a la comunidad internacional consternada por esa extraña tendencia de la sociedad colombiana a continuar atrapada en sus expresiones de violencia. Posteriormente, vinieron las reuniones entre el gobierno nacional y los promotores del No y, con ello, la sensación terrible de que un grupo de élites conservadoras se estuviera tomando las posibilidades de reconducir el futuro de este país.

Sin embargo, algo quedaba claro: el resultado del plebiscito era tan sorprendente, que ni siquiera los opositores del proceso de paz tenían una idea clara de qué iban a proponer, ni tampoco estaban dispuestos a aceptar las responsabilidades derivadas de sus decisiones. Mientras tanto, los estudiantes de todo el país convocaron a marchas que inundaron las ciudades y comenzaron a dar un mensaje de esperanza por la paz. Sin mucho tiempo para poder digerir lo que ocurría, el gerente de la campaña por el No, Juan Carlos Vélez Uribe, de manera triunfalista, contó cómo se había diseñado la estrategia de mercadeo político para ganarle al Sí. Según él, se trataba, en lugar de promover las discusiones informadas sobre los acuerdos, de hacer que la gente votara “con verraque-

ra”.¹ La sanción no se hizo esperar: su error, en términos de realismo político, consistió en decir la verdad sobre lo que se había hecho, y en desobedecer la disciplina interna del partido.

Destaco este último hecho con el fin de llamar la atención sobre la construcción política del miedo y del odio como estrategia política. Las declaraciones de Vélez Uribe dejaron ver que, más que promover un debate público, se asumió una actitud manipuladora que se basó en el propósito de despertar emociones negativas, mensajes fáciles y, sobre todo, en la elaboración y el reforzamiento de imaginarios sobre escenarios apocalípticos en el caso de que el Acuerdo Final era aprobado. Si bien la estrategia política de “meter miedo” fue relativamente exitosa para los opositores al proceso de paz en el corto plazo, también es un síntoma de una faceta de la cultura política colombiana consistente en promover el miedo frente al otro diferente y en construir enemigos que deben destruirse por vías violentas.²

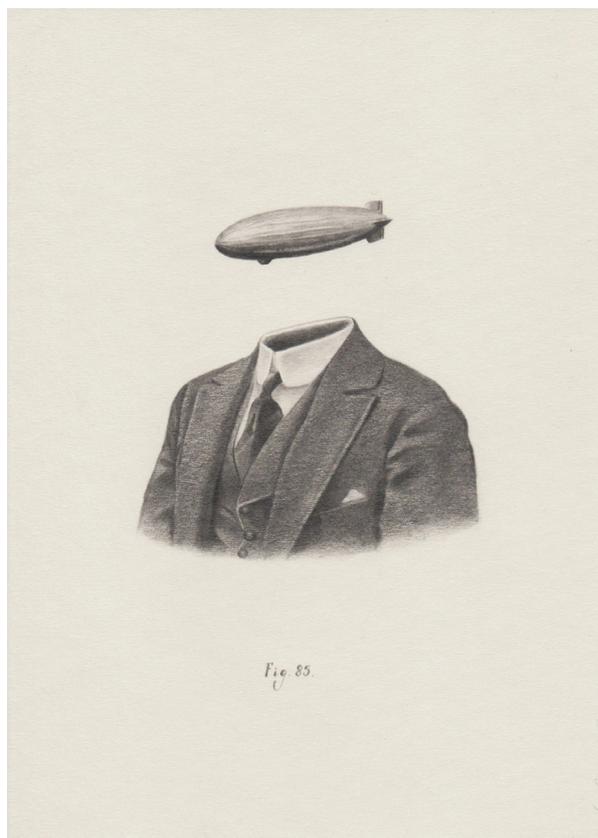
Ante tal escenario, es pertinente reflexionar sobre dos aspectos fundamentales: en primer lugar, la relación entre cultura y política y, en segundo lugar, la posibilidad de construir una cultura política de paz en Colombia. Con respecto al primer aspecto, desde la primera mitad del siglo xx las ciencias sociales y las humanidades han permitido reflexionar sobre la relación ineludible que existe entre las expresiones de poder en una sociedad y las prácticas culturales. Desde hace varias décadas, el giro cultural en ciencias sociales ha implicado una revisión de las concepciones mismas sobre el poder y la cultura. Desde entonces, la

concepción elitista del poder; es decir, la concepción del poder centralizado e institucional fue cuestionado por perspectivas más amplias que veían el poder como una práctica difusa.³ De manera similar, las visiones funcionalistas sobre la cultura, que la entendían como un objeto estático, fueron cuestionadas por orientaciones posestructuralistas y constructivistas. En tal sentido, se comenzó a hablar de cultura como representaciones, prácticas y construcciones discursivas. En resumen, así parezca obvio para algunos, hay que insistir en las relaciones ineludibles que hay entre la cultura y la política.

Las relaciones de poder se expresan, recrean y difunden a través de construcciones discursivas que, a su vez, se constituyen en múltiples formas de leer y clasificar la sociedad, de comprender al otro y de guiar nuestras acciones en la vida cotidiana. Así, estas relaciones de poder se pueden reproducir o subvertir a través de múltiples expresiones, como el conocimiento académico, la literatura, el cine, la música, los medios de comunicación masiva y las redes sociales, entre muchas otras.

Esta breve reflexión nos lleva a un segundo interrogante: ¿cómo construir culturas de paz en Colombia? Esta pregunta no es fácil de responder; en primer lugar, porque la construcción del miedo y del odio ha estado muy arraigada en la cultura política colombiana; en segundo lugar, por la diversidad de enfoques desde los cuales se pueden construir posibles reflexiones; y, en tercer lugar, por la multiplicidad de experiencias desde las cuales se pueden tejer posibles alternativas. Así, de manera muy preliminar, haría las siguientes reflexiones con el fin de proponer un debate público que tendremos que asumir en la Universidad:

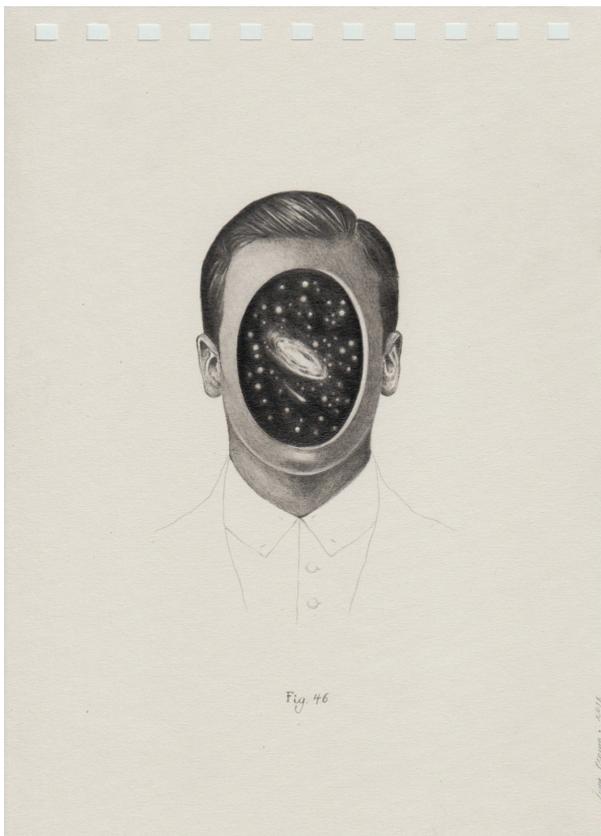
Una primera línea de reflexión tendría que ver con la construcción de paz desde las instituciones educativas. En tal sentido, quizás sea necesario retomar las ideas de la filósofa nor-



Juan Osorno. *Sobre la flotación y otras situaciones* (Fig 85).
Lápiz sobre papel. 21 x 15 cm. 2016

teamericana Martha Nussbaum, quien, recientemente, recibió su doctorado Honoris Causa en la Universidad de Antioquia. De acuerdo con Nussbaum, es necesario que los procesos educativos promuevan las humanidades con el fin de que los estudiantes desarrollen sentimientos morales de empatía hacia los demás. Igualmente, las humanidades permiten cultivar el pensamiento crítico, las actitudes de respeto hacia la diversidad y las capacidades orientadas a la construcción de una sociedad democrática.⁴

Una segunda línea de reflexión y acción tendría que ver con replantear la relación entre la academia y la sociedad a través de actividades misionales como la extensión y la investigación. Esto implicaría revisar el esquema Universidad-Empresa-Estado, y promover un



Juan Osorno. *Estudios internos*. Lápiz sobre papel.
21 x 15 cm. 2015

esquema más amplio, quizás uno que se plantee en términos de Universidad-Sociedad, con el fin de establecer relaciones más horizontales y colaborativas con las organizaciones sociales, las regiones y los territorios. Será necesario que asumamos el reto de reflexionar colectivamente, desde las regiones y los territorios, sobre la sociedad que vamos a construir. En tal sentido, la Universidad y la academia, en general, tendrán que repensar muchas de sus formas de acción e interrelación con la sociedad.

Finalmente, desde la academia tendremos que asumir una postura autocrítica sobre nuestras responsabilidades en la producción y reproducción de violencias epistémicas, políticas, institucionales y culturales. Tendremos que estar dispuestos a revisar muchos de nuestros relatos e imaginarios sobre la configuración de “los otros”, así como de las prácticas institu-

cionales y políticas en la vida cotidiana. Ello no significa que tengamos que renunciar a la crítica; por el contrario. Nuestro deber como Universidad, y como academia, será continuar en el empeño de promover el pensamiento crítico y un conocimiento pertinente socialmente. Quizás así, como sociedad, podamos resistir las prácticas de construcción política del miedo y plantear horizontes de mayor esperanza para la construcción de una sociedad más justa y pacífica. Quisiera terminar recordando las palabras del maestro Carlos Gaviria Díaz, quien, en su última conferencia, sostuvo: “La tarea de la universidad entre nosotros no es la de formar profesionales, la tarea de la universidad es formar buenos ciudadanos, formar personas para la convivencia, y formar personas para la convivencia es formar personas para la democracia”.⁵

Notas

- 1 Véase, entrevista de Juan Carlos Vélez a *La República*. Disponible en: http://www.larepublica.co/el-no-ha-sido-la-campa%C3%B1a-m%C3%A1s-barata-y-m%C3%A1s-efectiva-de-la-historia_427891
- 2 Un análisis más detallado se puede encontrar en, Gómez, Gabriel Ignacio (2016). “La construcción política del miedo y del odio”, en: revista *Debates*, Medellín, Universidad de Antioquia.
- 3 Ver, por ejemplo, Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta. Así mismo, Lukes, S. (2005). *Power, a Radical View*, Nueva York, Palgrave.
- 4 Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Buenos Aires, Katz.
- 5 Gaviria, C. Conferencia “Cómo educar para la democracia”, disponible en: https://www.youtube.com/results?search_query=carlos+gaviria+educacion+y+democracia

Gabriel Ignacio Gómez es profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.